

Precios de suscripción.

Mis. Y. S. Año.

Madrid... 6 18 34 66

Provincias... 7 21 40 78

Extranjero... 8 24 48 96

Ultramar... 9 27 54 108

LA FACULTAD,

PERIODICO DE CIENCIAS MEDICAS.

MEJORA INTELECTUAL.

MORAL Y MATERIAL DE LA CLASE FACULTATIVA

Puntos de suscripción.

Madrid... Atocha, 96.

Monier.

Barcelona... Sauri.

Valencia... Andreu.

Cádiz... Bosch.

Valladolid... Sanchez O-

caña.

RESUMEN.

FILOSOFIA MEDICA. Homeopatía. Preliminares. — **TORREDAÑA.** Muerte de doña María Bonamol. — **Al doctor Piñalla.** — **PARTES PINTORESCA.** Cirugía. Iritis atrítica y síptica. — **SECCION NEUTRAL.** Higiene pública. Embarazos por el doctor Magaz. — **SOCIEDADES NACIONALES.** Academia de Esculapio. — **Variedades.** — **FOLLETON.** Biografía de un médico.

FILOSOFIA MEDICA.

Homeopatía.

(PRELIMINARES.)

Vadeamos ya el Rhin; trasladémonos al país de los Franch, de los Hildebrando, de los Hume, de los Hufeland, de los Marcus y de los Hahnemann. Allí descubriremos las fuentes de la doctrina homeopática, allí determinaremos el clavo donde debe colgarse el cuadro de la teoría hahnemanniana, en la galería de los sistemas médicos.

Pero ya que hemos abandonado la Francia, ya que nos vamos acercando al norte, a un país conquistado también por el brunismo, fuerza será que retrogrademos un tanto en su ejemplar histórica. La exposición de las doctrinas médicas en Francia nos ha conducido hasta nuestros días y solo nos faltaba esplanar las circunstanciadas ideas de los Luis, de los Gendrin, de los Andral, de los Rochoux, de los Rostan, de los Bonillaud y de las lumbreras de la escuela anatómico patológica mas ó menos modificada, para estar al corriente del verdadero estado actual de la medicina francesa.

Mas como algunas ideas de los médicos alemanes fueron anteriores á esos últimos movimientos; como el sistema de Hahnemann ya se habia dado á conocer antes de la época en que el Brussaismo estaba en boga y en su apo-

geo, bueno será que guardemos para mas tarde el desenvolvimiento más detenido de las doctrinas que se han ido entronizando despues de los trabajos de Broussais y de Laennec; bueno será que primero esponamos las doctrinas de los médicos alemanes, desde los tiempos brunianos, hasta la del fundador de la homeopatía.

Digimos hace tiempo que la teoría de Brown se habia abierto paso en Alemania como en la mayor parte, por no decir en todas las naciones europeas. Alemania fue á su tiempo bruniana. Mas no habia de pasar por ella el sistema del innovador escocés sin experimentar, como en otras partes, donde no faltasen médicos observadores, modificaciones importantes. Un médico distinguido puesto al frente de la sanidad de los ejércitos rusos en la Moldavia, Valachia y Besarabia, el doctor Menderer empieza á sospechar lo incendiario de la terapéutica antiasténica y la hace sustituir á menudo con emolientes. Los dos Franck, padre é hijo van mas lejos. El célebre autor del *Epitome de curandis hominum morbis*, despues de haber proclamado en alta voz el brunismo, abandona esta bandera, vuelve á las ideas antiguas y hace una mescolanza de humorismo y solidismo impropias ya de su siglo. Cree en las materias malélicas que es necesario diluir, atenuar, envolver y arrojar; esas materias producen la calentura la que debe espulsarlas; por su exceso se abaten los órganos y hay que dirigirla, que limitarla. En su terapéutica permanecen todavía un sinnúmero de sustancias estimulantes, cuyo uso hace traicion á los restos de un brunismo renegado en la apariencia, pero en la realidad profesado todavía por Franck padre.

José Franck hijo, autor del *Praxeos medi-*

cæ universæ præcepta, tiene la pretension de sacudir todavía mas que su padre las doctrinas brunianas, alza la bandera, tantas veces enarbolada y otras tantas caída en el descredito por los que mas la pregonan, de los *hipocratistas*, de los *observadores á secas*; busca una medicina sin teorías, sin sistemas, hija tan solo de la observación filosófica, de la práctica, y de tal manera se conduce que, por poco su bandera se parece á uno de esos cuadros colgados en un observatorio de marina donde estan sin orden ni concierto las banderas de todas las naciones.

El buen profesor que ni quiere ser humorista como Boherave, ni solidista como Brown, ni vitalista como Stuhl, sino práctico-observador como Hipócrates, admite casi todas las opiniones de los médicos mas célebres, y de la inmensa erudicion de que se llena la memoria y del que se descarga en las notas de su tratado, forma una especie de eclecticismo que es á un tiempo todo y nada. En su ancha doctrina caben las materias morbosas susceptibles de cocción, cabe la astenia ó la postracion de las fuerzas y la necesidad del estímulo, caben las influencias de las constituciones médicas, caben las colecciones de grupos de síntomas, las diatesis, etc., que es como si digéramos, que cabe Boherave, que cabe Brown, que cabe Hipócrates, que cabe Sydenham, que cabe Baglivo, que cabe Sauvages, que caben en una palabra cuantos tengan derecho á reclamar una parte de su empirico-eclecticismo.

Hildebrando, práctico alemán tan célebre, como Franck, es, como Franck, un bruniano modificado, es tambien una mezcla de Hipócrates, de Boherave y de Brown. Su tratado sobre el tifus, de mucha boga en su patria, es la cartilla de sus principios. Su terapéutica contra las calenturas graves en su primer periodo no es bruniana; proscribte los estimulantes; mas, en cuanto llega la postracion, á la que no llama *astenia*, sino *estado nervioso*, se revela con vigor todo lo que tiene de brunismo.

Ademas de los prácticos sobre los cuales acabamos de echar una ojeada rápida, el pueblo médico alemán nos ofrecería, si le recorriéramos de espacio, los Hume, los Hufeland, los Koop, los Schöffer, los Jaeger, los Dzandi, los Horn y algunos otros. Pero ¿á qué entretener-

nos en su análisis individual, cuando, en último resultado, todos forman una escuela, la que puede ser bosquejada, tan fácil como exactamente, con una sola pincelada? Vedlos ya en las enfermedades agudas, ya en las crónicas, marchar siempre, cuando no por la senda browniana, con estrambótica mezcla de humirismo, por los oscuros laberintos de un empirismo ciego, tanto mas inútil á la ciencia, tanto mas funesto á la humanidad, cuanto que se entrega al acaso con tentativas nunca ilustradas por ningun principio filosófico, siempre dirigidas por la lógica del *post hoc ergo propter hoc* y que todos los dias aumenta los botes del farmacéutico, convirtiendo la terapéutica en una verdadera polifarmacia, con mil supuestos específicos. Figuraos unos hombres que van á caza de grupos de síntomas que, una vez hallado el nombre con que esos grupos se designan, buscan el medicamento específico que los combate, ora sin saber por qué, ora por razones que saben á una absurda mescolanza de boheravismo y brunismo; y tendreis una idea exacta y cabal de esa masa de médicos alemanes, á quienes no hemos hecho mas que nombrar. Si quereis alguna doctrina algo diferente, un fundador de alguna fama mas especial, fijaos en Marcus, y sobre todo en Hanhemann.

Marcus de Bamberg tiene todavía muchos resabios de ese brunismo fatal, al que los médicos alemanes han pagado por tanto tiempo un tributo, hasta en sus mismas modificaciones y reformas. Sin embargo, la doctrina de Marcus ofrece algo que se semejará á la de Broussais. Cuando este famoso reformador, en la última edicion de su examen, trató en cierto modo de sostener la originalidad de sus ideas, apesar de que, mientras las iba secundando con observaciones en Italia por los años de 1808, Marcus daba al público las suyas en Alemania por medio de su *ensayo sobre la terapéutica especial* en 1807, cuantos no serán los puntos de contacto? Sabido es que Broussais publicó en 1808 su historia de las *plemasias* y su examen en 1816; fácil seria, pues, que se le achacase el plagio, suponiendo que las ideas de Marcus habian dado lugar á la doctrina fisiológica. Esta especie de vindicacion del profesor de Val de Grace, es una prueba de que Marcus era algo muy diferente de sus contemporaneos y antepasados. Marcus conoce el valor de los trabajos y

observaciones de los médicos modernos, y tiene que con aquellos puede regenerarse la medicina. Las obras de Bichat son serio objeto de sus meditaciones, y quiere al fin recogerlas por bases de su doctrina. Propónese coordinar con un principio único todas las partes del arte de curar, y habiéndole hecho una impresión que todos los demás fenómenos morbosos la inflamación, se declara por ella, la proclama decididamente como la forma, como la naturaleza general de la enfermedad, la generaliza mas que Pínel, y establece que la inflamación y la calentura son inseparables y que si la inflamación no puede darse sin calentura, con más razón no puede haber calentura sin inflamación.

—Eso es Broussais! esclamaría cualquiera que no examinase con detención la teoría de Marcus. Tanto los estudios de Bichat, tanto el principio único, como dar á la inflamación la soberanía del organismo enfermo, son rasgos característicos de la doctrina fisiológica. Sin embargo, no necesitaba Broussais sincerarse de la nota de plagio que le dirigian por esta razón los envillados. Ved algo mas de la doctrina de Marcus y no tardareis en encontrarla no sólo toda del humorismo hipocrático ó más bien boeraviano, sino tambien, de la polaridad. Ved sobre todo su terapéutica. Proclamada la inflamación, como forma y naturaleza de todas las enfermedades, se sigue la proclamación del plan antilogístico; las sangrias y el régimen temperante son sus consecuencias lógicas. Hasta aquí Broussais podría convenir con Marcus, con la diferencia sin embargo que aquel está por la sangría local, éste por las generales. Mas Marcus tambien combate la inflamación con sedantes, con hipostenizantes y una vez lanzado en la vía de humorismo, todos los medicamentos consignados en las farmacopeas y tenidos como dotados de alguna virtud atenuante, refrigerante, diluyente, etc., pueden contar con ser rehabilitados por la doctrina del profesor de Bamberg. Toda la antigua materia médica, todo el catálogo de sustancias que los humoristo-mecánico-químicos empleaban para desobstruir, inviscar, depurar, atenuar, etc., todo entra en la terapéutica de Marcus. Esto no es Broussais, ni de cien leguas.

Añádase á lo dicho y como prueba de que el sistema de Marcus tenía algo de la doctrina polarista, que explica la inflamación no por

un exceso de la irritación, como el reformador fisiologista, sino por la alteración del momento eléctrico en las dimensiones del organismo que son la producción la irritableidad y la sensibilidad. Cada dimension, tiene tres momentos: el magnético, el eléctrico, el químico, etc. Basta este lenguaje para ver jugar en la teoría de Marcus las fuerzas de la doctrina polarista. La mezcla que hizo el autor del autoeratismo humoral, del solidismo nervioso y del brunismo han conducido rápidamente á la historia su sistema. Hoy no queda de él mas que una parte de verdad en punto á lo frecuente que es la flogosis.

—Pero basta ya de Marcus; veamos el fundador de la Homeopatía.

Toxicología.

Muerte de doña Maria Bonamat.

2.º El estado que presentaron los órganos de la Bonamat, cuando la autopsia de su cadáver, no es, en especial el de los pulmones, el característico de la apoplejía pulmonal.

Sigamos para la demostración de este segundo aserto el mismo método que para el del primero adoptamos. Reproducamos tambien rápida y exactamente el cuadro de alteraciones observadas en el cadáver de la Bonamat; describamos luego las que los autores designan como propias de la apoplejía pulmonal y por último comparemos las unas con las otras para formar el competente juicio.

Estado del cadáver de la Bonamat, según la autopsia practicada unas diez horas después de su fallecimiento. Exterior. Cara pálida, tranquila, ojos cerrados, pupilas dilatadas, parte inferior de la cara, mejillas y labios abotagados, salida de moco por la nariz, labios y comisuras manchadas de un liquido sanguinolento, boca fuertemente cerrada, rigidez cadavérica en todo el cuerpo, abdomen abultado y tenso. Interior. Cabeza, membranas, sustancia cerebral, cerebelo y médula en estado normal; vasos venosos de las membranas llenos de sangre, inyección venosa en el cerebelo; ligera en la médula; poca serosidad en los ventriculos. Cuello. Yugulares muy llenas de sangre líquida. Encias y dientes bañados de un liquido sanguinolento de color ácido, lengua cubierta de serosidad rojiza, lavada, queda su mucosa en estado normal, papilas de la lengua muy manifestas particularmente las de

la base; amígdalas algo infartadas. *Pecho.* Pleura sin derramen y sana. *Parte superior de los pulmones* COLOR NATURAL, inferior y posterior LÍVIDO NEGRUZO. *Mucosa de las vías aéreas cubierta de sangre negruzca con un tinte lívido tanto más oscuro cuanto más adentro de los bronquios, pulmones infartados extraordinariamente de sangre negra pero CREPITANTES, ELÁSTICOS y SIN LESION PATOLÓGICA.* Grandes vasos venosos llenos de sangre, pericardio en estado normal, poca sangre en las cavidades izquierdas del corazón, alguna mas en las derechas, NINGUNA LESION EN ESTA ENTRAÑA. *Abdomen.* Estómago enormemente dilatado por gases, color natural sano, arborizaciones y lividez en su parte declive. Todo el tubo digestivo á poca diferencia en el mismo estado sin la hinchazon; líquido pardusco de olor ácido en el estómago é intestinos delgados; materias estercoráceas en los gruesos; junto á la válvula ileo cecal se notó una mancha lívida con adelgazamiento de tegido. Nada notable en las demas vísceras abdominales. *En el útero ligera cantidad de moco rojizo, lo propio en las trompas, vagina sana y sin vestigios de menstruacion.*

Hé aquí todo lo consignado en la declaración dada por los que firmaron el voto de la mayoría. Esta exposición es exacta y no la recusará por cierto el doctor Pinilla. Veamos ahora la anatomia patológica de la apoplejia pulmonal y fijémonos principalmente en el estado de los pulmones.

Al exterior color rosado ó rojo, con arborizaciones, ó pálido, ó apizarrado ó negruzco. INDURACION mas ó menos circunscrita que por lo comun está diseminada en forma de focos indistintamente por ambos lóbulos pulmonales, el número es variable, desde tres ó cuatro á treinta y mas, teniendo unos el volumen de una avellana, otros de una nuez y hasta de un huevo. Suelen estar bastante en la superficie y á menudo ocupan la parte inferior. Cuando superficiales se conocen por su color, y si son profundos por el tacto que los encuentra circunscritos en varios puntos del parénquima comprimiéndole entre los dedos, siendo el tegido que los circuye blando, crepitante y en general sin lesion determinada.

Al interior los puntos endurecidos ofrecen un aspecto homogéneo, la TEXTURA DEL PULMON ESTÁ DESTRUIDA; no se distinguen mas que las

ramificaciones bronquiales y los gruesos vasos cuya mucosa está embebida de sangre. Cortado el pulmon en esos puntos sale sangre negra, espesa y abundante, tanto mas, cuanto mas profundo es el corte. La superficie de las incisiones es granosa, como en el segundo grado de la pueumonia, el parénquima tiene un color rojo mas oscuro en las partes profundas y declives que en las superficiales, de modo que pasa por estas tintas ROJO VIVO, ROJO DE LADRILLO, rojo apizarrado, negro. Si se raspa con el escalpelo ó se aprieta entre los dedos se hace salir sangre negra y en parte coagulada. A veces los focos son fluctuantes, porque tienen en su centro un hueco llepo por un coágulo negruzco. El tegido que no ocupan los focos puede estar infiltrado de serosidad sanguinolenta. Los gruesos vasos no estan muy llenos de sangre, la congestion es mas bien capilar; las granulaciones estan formadas por las vesículas llenas de sangre. En ciertos casos raros la abundancia de la sangre no solo forma focos de induracion, sino que rompe las pleuras, derramándose en mayor ó menor cantidad en ese saco seroso. La mucosa laríngea, traqueal y bronquial está muy injectada y es á veces de un color rojo intenso. No es raro encontrar en la traquea y mas en el origen de los bronquios una espuma análoga á la de los ahogados pero es sanguinolenta. El corazón tiene menos sangre en sus cavidades izquierdas que en las derechas, en aquellas es fluida, en estas mas espesa, las venas cavas y la arteria pulmonal contienen mucha sangre, la aorta y sus divisiones muy poca. En los demas órganos del cuerpo no hay nada notable; solo se encuentra lo que en toda muerte por los pulmones á saber, sistema capilar y general, vasos venosos, llenos de sangre, arterias y sustancia cerebral vacios de este liquido.

La descripcion que acabamos de hacer del cuadro anatómico patológico de la apoplejia pulmonal es la que corresponde á la sin hemoptisis. Cuando hay hemorragia si esta es abundante, las vías aéreas, la boca y la nariz guardan vestigios de la sangre que se arrojó y que sofocó al enfermo. Luego en los pulmones y sus grandes vasos hay alguna rotura pero esta es muy rara; por lo comun la mas abundante hemoptisis es producto de una exalacion. Mas suele haber tubérculos en los pulmones al menos en un lóbulo y es co-

mun encontrar vicios orgánicos en el corazón.

También es dicha descripción mas propia de la apoplejía pulmonal fulminante que de la lenta; sin embargo la mayor parte de caracteres se encuentran en esta última tanto mas cuanto menos dura. Si tiene algunos días de duración ya se encuentran á veces los vasos que circuyen los focos llenos de sangre endurecida y como seca, y si se han desenvuelto síntomas neumónicos hay las alteraciones anatómicas patológicas que le son propios.

La instrucción, tanto teórica como práctica, de la que nos complacemos en creer adornado al señor Pinilla, nos hace esperar que tomará estas descripciones por una copia fiel de la naturaleza, no por un producto caprichoso de nuestra imaginación. Y puesto que así sea ¿nos hará el favor de indicarnos nuestro ilustrado adversario donde estan las alteraciones anatómicas que presentó la Bonamot, hecha la autopsia, susceptibles de ser confundidas con las características de la apoplejía pulmonal? El color de los pulmones y la induración de los focos son los mas característicos. Pues bien ¿cual era el color de los pulmones de la difunta? Natural en su parte superior, livido y negruzco en la inferior y declive, es decir el color que tienen todos los pulmones, despues de algun tiempo que se ha verificado la muerte. No solo en los pulmones sino tambien en todos los órganos, en cuanto cesa la vida, se observa en las partes bajas un color livido y mas ó menos negruzco segun el tiempo y la cantidad de sangre que el órgano contenga. La sangre ya no obedece mas que á las leyes físicas y se va acumulando en las partes declives, de aqui es que las partes superiores suelen estar mas ó menos pálidas y lividas tambien mas ó menos las inferiores. Los pulmones pues de la Bonamot, tenían un color natural, no solo en la parte superior sino tambien en la inferior; aunque en esta fuese livido ó negruzco, este color era cadavérico. Ese color rojo vivo, ó rojo de ladrillo, rojo apizarrado, negro, que considera Devergie como el esencial constituyente de la congestión pulmonal, no se observó, y no se observó porque no existia el estado patológico de que es signo característico.

La induración de los focos con todos sus caracteres de homogeneidad de aspecto, color, dureza, desorganización de tegido, etc.,

tampoco se observó en ningún punto de ambos lóbulos; aunque infartados extraordinariamente de sangre estaban sanos, sin alteración patológica ninguna, eran elásticos y crepitantes, en una palabra, tenían las condiciones de todo pulmón que no ha sido asiento de ninguna enfermedad. No habia tubérculos, ni vasos rotos, ni derrámenes, ni serosidad infiltrada: no habia en fin mas que mucha sangre acumulada en dicha viscera. En las vías aéreas no habia inyección y la sangre que se encontró en los bronquios, tanto mas cuanto mas adentro se buscó, era producto de la mucha que los pulmones contenian. Solo desfigurando los hechos, solo haciendo violencia á los conocimientos que la práctica y la lectura de los buenos autores suministran, podrá sostenerse que á pesar de la falta de estos dos caracteres patognómicos para decirlo así, ha existido en la Bonamot la apoplejía pulmonal. El estado de sus órganos torácicos dice con una luz resplandeciente sin sombra alguna donde esconderse el error, que en aquellos no hubo sino una acumulación de sangre hecha con lentitud, durante la agonía, á consecuencia de existir una causa que entorpecía la acción de los pulmones y músculos destinados á la respiración. La congestión de los pulmones de la Bonamot no fue patológica, fue fisiológica, fue un acúmulo de sangre casi físico, ese acúmulo de sangre que se efectua siempre en el parénquima pulmonal, cavidades derechas del corazón y vasos que llevan sangre á los pulmones, cuando hay alguna causa que entorpece la circulación y sobre todo la respiración, en la agonía. Cuando probemos al doctor Pinilla que hubo mucha concordancia entre los síntomas ofrecidos por la Bonamot, el estado de su cadáver y los resultados de las análisis químicas, le probaremos tambien que en la intoxicación por los narcóticos se suele encontrar ese acúmulo de sangre sin alteraciones patológicas en los pulmones, por la sencilla razón de que aplanando aquellos venenos el sistema nervioso, amortiguando la influencia cerebral, los pulmones funcionan lentamente por falta de influjo nervioso y hay una especie de asfixia poco antes de perecer el intoxicado, por cuanto no pueden desembarazarse los pulmones de la mucha sangre que en ellas se detiene por falta de fuerza que la empuje.

Creemos pues que queda plenamente proba-

do que la anatomía ó el estado de los órganos de la Bonamot, hecha su autopsia, no era el que ofrece el individuo muerto de una apoplejía pulmonal, verdad que se hace todavía mas clara, desde luego que uno asocia estos datos á los síntomas; reunidas la primera y segunda proposición arrojan no certeza, sino evidencia.

Veamos ahora si en la etiología se encuentran mas motivos que en la sintomatología y anatomía patológica para afirmar que hubo apoplejía pulmonal.

3.º *En la Bonamot no hubo ninguna de las causas ordinarias y extraordinarias de la apoplejía pulmonal.*

Consideran los autores como causas ordinarias de dicha enfermedad, la plétora, la impresión del frío, la supresión de hemorragias, el abuso de licores alcohólicos, un arrebato de cólera, tal vez el coito, un exceso de mesa, etc. Pero, según los mismos, lo que mas á menudo la ocasiona es algun obstáculo en el curso de la sangre, obstáculo que reside las mas veces en el mismo corazón. Mas de veinte casos observados por Grissolle le han hecho confirmar en esta verdad práctica. En todos ellos hubo enfermedades orgánicas del corazón, en especial estrechez en los orificios de las cavidades izquierdas. Advirtamos sin embargo que por lo comun mas bien son causa estas enfermedades por sí solas de la apoplejía pulmonal lenta con hemoptisis y que si dan lugar á la fulminante con hemorragia ó sin ella, casi siempre es por haberse añadido otra causa provocadora. Devergie en su interesante capítulo sobre las muertes repentinas, considera como una causa mas frecuente para producir la muerte repentina por los pulmones el frío, y por los pulmones juntamente con el cerebro, la embriaguez. En 40 casos de muerte súbita hubo catorce producidos por la embriaguez; los individuos murieron por los pulmones y por el cerebro; es decir que no solo habia congestión pulmonal, sino cerebral.

Si, hecho este rápido recuerdo de lo que los autores dicen, vamos á ver cual de estas causas existió en la Bonamot, nos convenceremos fácilmente de que no existió ninguna.

4.º No habia plétora. Sobre no haber en su cadáver señal ninguna de tal estado, nos dice el doctor Pinilla, que la Bonamot era de temperamento eminentemente nervioso, y que sus enfermedades se resentían del predominio

de este sistema. 2.º El frío no pudo ser. Era un día de mayo, el 25, época en la que, según las observaciones de Devergie, son menos frecuentes las muertes repentinas por apoplejía pulmonal; la Bonamot salió de su casa, abrigada y en coche (1). Lloviznaba, y barto es sabido que en tiempo lluvioso la temperatura siempre es mas blanda. 3.º La supresión de hemorragia tampoco puede aducirse. Bien es verdad que el doctor Pinilla nos habla con referencencia á la enferma, de existencia de menstruación. Mas ni en los órganos genitales externos é internos se notó señal alguna de ella, ni en la camisa de la enferma habia ninguno de esos vestigios tan comunes de los menstruos. El moco sanguinolento que se encontró en poquísima cantidad en el útero y las trompas, lo mas que puede significar es que hacia poco que habia tenido la menstruación; pero ni la vagina, ni la ausencia de los medios higiénicos ó de limpieza que las mugeres usan en tal estado, ni la de manchas sanguíneas en la camisa y enaguas, consienten pensar que hubo menstruos suprimidos, desde que la vió el doctor Pinilla ni antes, puesto que la enferma le dijo, que la menstruación la continuaba. 4.º Abuso de licores alcohólicos. Llevamos probado que no le hubo; es inútil, pues, que repitamos lo ya dicho. 5.º Arrebato de cólera, coito, exceso de mesa. No los hubo; al menos no consta. 6.º Enfermedades orgánicas del corazón, tubérculos, etc. La autopsia no demostró nada de esto. 7.º Por último, no hubo la causa tan frecuente que dice Devergie el frío y la embriaguez; primero porque ya llevamos dicho que era el 25 de mayo, día lluvioso y no frío, segundo porque ya hemos probado que no hubo embriaguez, y tercero porque ni hubo síntomas ni estado anatómico patológico no solo del cerebro como en la embriaguez, sino de los pulmones. De suerte que la lógica no encuentra ninguna causa en la doña Maria Bonamot para explicar su muerte por la apoplejía pulmonal. Añádase la falta absoluta de causas conocidas, ordinarias y extraordinarias al estado del cadáver y á los síntomas, y véase si de ese conjunto no resalta con el esplendor del sol la evi-

(1) He aquí, un hecho que no es síntoma, ni autopsia, ni análisis químico, y sin embargo ¿qué nos recusará su uso?

dencia de que la Bonamot no murió asfixiada por la apoplejia pulmonal.

Resulta pues enteramente destruida la primera proposicion en la que refundimos la primera y la cuarta del doctor Pinilla. Pasemos ahora á destruir con las mismas armas y con la misma lógica la segunda ó mas bien la tercera: porque rebatiendo la primera, hemos rebatido la segunda.

Al doctor Pinilla.

El doctor Pinilla se ha servido contestar á nuestro artículo del 19 de agosto, y duélenos á la verdad verle escribir mucho para no probar nada, como no sea la facilidad con que comete inexactitudes de enorme bulto. Empieza diciendo que *no estamos dispuestos á aceptar la condicion que propuso de no servirnos mas que de lo observado por el doctor Drument y por él en sus respectivas visitas y de los datos suministrados por la autopsia y por la analisis química para deducir las razones necesarias á la defensa de nuestros votos.* Que el doctor Pinilla no dispense el obsequio de volver á leer nuestro artículo y facilmente se convencerá de que su proposicion estaba aceptada en todas sus partes, muy antes que nos la hiciese, porque lo que ella exige es nuestra lógica habitual. De un modo muy claro y terminante le digimos que nunca habiamos echado mano de otros datos que de los consignados en los documentos científicos, acta fiel de lo que pasó y fué observado antes y despues de espirar la Bonamot y que no necesitábamos de otros para dejar airoso nuestro voto. Lo mas que podremos hacer, añadimos, es valernos de algun hecho consignado en la acusacion fiscal, hecho que siendo cierto, no podrá ser recusado justamente, si ilustra la cuestion: porque tambien puede el médico legista echar mano de algunos datos que no sean síntomas, ni autopsia, ni analisis química; tambien hay que consignar á veces antecedentes importantes que, sin ser síntomas, autopsia, ni analisis química, no se salen de la incumbencia del perito. Si no está en ello el doctor Pinilla, abra cualquiera obra práctica de medicina legal y encontrará en cada página un ejemplo autorizado con la firma de profesores muy versados en esta especialidad del arte. El mismo doctor Pinilla nos ha dado un ejemplo práctico de eso que ahora con tanto rigor proscribimos. Sobre referir á cada

paso anecdotillas en ningun documento consignadas, en su voto particular hay una nota donde consigna *antecedentes* que no son síntomas, ni autopsia, ni analisis, antecedentes que hubieran tenido su debido lugar en los apuntes que dió primeramente, tanto mas cuanto que en esos antecedentes figura una medicacion con opiados.

Pero dejemos esa cuestion incidental; admitamos si se quiere la errónea doctrina que profesa teóricamente y no en su práctica el doctor Pinilla y háganos el favor de decirnos si, en cuantos artículos llevamos escritos hasta ahora, no nos hemos valido exclusivamente de esos hechos que con tanto ahinco solo considera legítimos nuestro ilustrado adversario. Le retamos á que nos cite los que se separen de esa línea. Hemos demostrado que la Bonamot no se embriagó, que no murió de una apoplejia pulmonal y nuestros razonamientos se han fundado siempre en lo que vió el doctor Pinilla, el doctor Drument y los que firmamos el voto de la mayoría. Ahí están nuestros artículos; que se nos citen los hechos no observados por dichos señores, sobre los que nos hayamos apoyado para sacar la mas ligera consecuencia, y nos damos por vencidos. Mientras esto no se haga; estará desautorizado el doctor Pinilla para decir que no aceptamos su proposicion, por otra parte innecesaria ú ofensiva.

Estas consideraciones bastan y sobran para probar al doctor Pinilla que quien malogra lastimosamente el tiempo, que quien huye á todo escape y con rodeos de la cuestion, es el que tiene la salidísima ocurrencia de decirnos que nos ha de llamar á ella muy á menudo y que, como procedamos así, no será posible seguir la discusion con nosotros. El doctor Pinilla nos ha rogado que discutiésemos con gravedad académica, que no nos permitiéramos ninguna chanza. Reprimamos pues nuestra tentacion de risa. Estemos serios. Hemos demostrado que no hubo en la Bonamot embriaguez, que no murió de apoplejia pulmonal; vamos á demostrar del propio modo que el ácido nítrico se condujo con los líquidos sacados de la vejiga urinaria de la difunta como se conduce con la morfina y que hay relacion y concordancia entre los síntomas que ofreció la Bonamot en su agonía, entre los resultados de su autopsia y los de las analisis

químicas practicadas en sus sólidos y líquidos y se nos dice que huimos de la cuestión! Si esto no es la cuestión ¿dónde está ella? Nosotros no queremos otra; esta nos basta para nuestro objeto y de ella no nos han de distraer quinientos artículos por el estilo de los que hoy contestamos.

Pero no paran en eso las equivocaciones del doctor Pinilla. Estos son tortas y pan pintado. Tiene la incalificable pretension de que en la cuestión, por nosotros sostenida, nos aten-gamos estrictamente al estado en que se hallaba, cuando dimos nuestros dictámenes, prescindiendo de lo que despues se haya podido agregar ó agregado á ella, ó sea del curso que ha tenido la causa. Semejante pretension tiene dos vicios á cual mas notable.

En primer lugar hay en ella algo, cuyo objeto confesamos francamente que no llegamos á comprender. ¿Por qué al discutir ahora sobre cual fué la causa de la muerte de la Bonamot, han de rechazarse los datos que pueden ilustrar esa discusion; ora se recojan en el voto de la mayoría y el del doctor Pinilla; ora en los demas documentos médico-legales que les siguieron; ora en fin, en las demas piezas del proceso? Si esos datos ilustran la cuestión, si ellos conducen á manifestar de que parte estaba el acierto del juicio ¿con qué razon se trata de recusarlos? ¿Se teme acaso la luz que pueden arrojar sobre la realidad de los hechos? ¿Quién ha visto jamás que se recusen datos posteriores al día en que uno haya dado su voto, para discutir el acierto ó desacierto de ese voto? Lo mas que puede su autor decir, si esos datos aclaran mas la cuestión, si conducen á un juicio contrario ó mas ó menos modificado, es que el día en que ese voto se dió, no habia mas hechos para darle que los que le sirvieron de base. Pero en este caso se confiesa que no se acertó; no se empeña el hombre lógico en sostener un error, un juicio inexacto, por la razon de que, cuando se dió el voto, los datos que se tenían, le hacian pasar por cabal, por acertado. Es una filosofía original del doctor Pinilla; es una lógica que le dará los honores de la invencion por cierto poco envidiables.

Pero hay mas todavía, y esto es el segundo vicio de la pretension del doctor Pinilla. Esos datos póstumos, si es lícito valernos de esta palabra, á que alude con tanto empeño

nuestro entendido antagonista, son enteramente imaginarios, no existen mas que en su fantasia. Al verle insistir tanto en que no se haga uso mas que de lo observado, que de lo consignado en los primeros dictámenes, cualquiera diria que nos hemos lanzado á que pretendemos lanzarnos por los cerros de Ubeda y que hemos ido á caza de las declaraciones dadas por cuantos intervinieron de un modo ú otro en el proceso, para estrictar de allí los datos que los primeros documentos médico-legales no nos suministraban. Mas nadie sabe mejor que el mismo doctor Pinilla que ni ha habido, ni habrá nada de eso. En la cuestión que nos ocupa no hay otros datos que los suministrados por la declaracion que la mayoría firmó; allí está todo y para saber de que murió la Bonamot no se necesita nada mas, nada mas hace falta. Fuera de la exposicion de los hechos que forma parte del primer documento médico legal, seria posible encontrar en otros alguno que ilustrase ó corroborase aquellos; pero es preciso que aqui conste que estos serán en todo caso muy pocos y que los mas, que los principales, que los suficientes para resolver la cuestión estan en el documento indicado. El dictamen de la Facultad de ciencias médicas y el de la Academia de Castilla no son documentos que añadan datos á la cuestión. Esas corporaciones científicas no pudieron presentar ningun hecho relativo al caso; lo único que les fue dado, consiste meramente en razonamientos calados sobre los hechos que encontraron en la exposicion del primer documento. Léanse los dictámenes dados por dichas corporaciones y se verá que al referir los hechos observados copian ó estrictan los que describia la mayoría. De consiguiente ¿dónde estan esos datos póstumos ó posteriores á nuestras firmas que tanto teme el doctor Pinilla, á pesar de que se muestra valiente y arrogante en punto á lo que ellos pueden probar? No hemos tenido á la vista mas documentos que los científicos y algunos de ellos tan solo para rebatir sus errores. Es por lo tanto una quimera, una creacion ideal de la imaginacion del doctor Pinilla ese conjunto de datos que reprueba como ilegítimos y en los cuales ve para nosotros una *ventaja inmensa* aunque *efímera*. No hay ni uno solo de de semejantes datos póstumos.

Acabará el doctor Pinilla de convencerse de

ello, diciéndole y probándole que ni el que esto escribe tomó parte en la discusión abierta en la Facultad de ciencias médicas sobre la cuestión actual, ni se ilustró con ella, ni tuvo la disposición por espacio de cuatro meses de testimonio de la causa, como muy equivocadamente lo estampó nuestro adversario. Estos tres hechos, de todo punto falsos, son una prueba más de la facilidad con que el señor Pinilla descarta la exactitud en las breves anecdotas con que a nemus siempre sus artículos. Ya que tan aficionado se muestra á rescribir excusas por los autores, diga al menos la verdad, y no mienta en lugares más abonados.

Nosotros no tomamos mas parte en la cuestión consultada que para rectificar errores en punto al modo como se habían juzgado las reacciones de la morfina. En las actas de la Facultad constará sin duda nuestra advertencia de que no entraríamos en el fondo de la cuestión y publicando esta advertencia rebatida la primera inexactitud de Pinilla.

Con muy respetables para nosotros los señores catedráticos de la escuela de Madrid, aunque sus discursos nos ilustran siempre, preguntamos al doctor Pinilla decir que en la cuestión actual, no nos ilustraron; al contrario, tuvimos que quejarnos, como se verá á su tiempo, del olvido de ciertos conocimientos inconcusos que están fuera de toda discusión y habiéramos tenido que rebatir la mayor parte de acertos de algunos de nuestros compañeros, á tomar parte en el Vena de la cuestión que se debatía. Es por lo tanto también innegable este hecho, inexactitud que ya hubiera podido prever el doctor Pinilla, tan solo con acordarse que era la materia discutida de nuestra asignatura, asunto propio de nuestros estudios especiales.

Por último es inexacto, pero de un modo completo, el que estuviese á nuestra disposición por espacio de cuatro meses el testimonio de la causa. Ni un día, ni una hora, ni un minuto le hemos tenido en nuestro poder. Ni recordamos haberle visto, como no sea encima de la mesa de Facultad, desde nuestro asiento, mientras se estaba discutiendo.

Queda por lo tanto plenamente demostrado que no hemos tomado ni podido tomar mas datos que los consignados en el primer documento médico legal, y que todo cuanto dice

en contra de eso, el doctor Pinilla, está destituido de razón y falta de exactitud.

Vamos ahora á lo de la desfiguración de sus proposiciones.

Supongamos el doctor Pinilla que hemos desfigurado las conclusiones de su dictamen, reduciéndolas á tres, y dice que nuestras razones dadas para probar la semejanza de su fondo no tienen fuerza. El doctor Pinilla no quiere entender que, en buena filosofía, que en buena lógica, cien afirmaciones no valen lo que una sola prueba. Las afirmaciones sin demostración, sin prueba, no siendo evidentes, no tienen ningún peso: para probar algo, es menester que descansan en una razón por base; faltando esta circunstancia, las aseveraciones secas jamás podrán aspirar á dominar las convicciones. Nosotros no nos hemos contentado con decir que en el fondo eran las mismas las proposiciones del doctor Pinilla y las nuestras; lo hemos probado, comparándolas, poniéndolas á la vista de nuestros lectores para que estos juzgasen y analizándolas brevemente para hacer resaltar las semejanzas.

El doctor Pinilla debía haber hecho otro tanto en su artículo para probar las diferencias; así sus lectores, que no hayan visto nuestros escritos podrían juzgarle mejor. La lealtad de este debate lo exigía así. Pero nuestro adversario no ha querido dar esa muestra de imparcialidad y seguridad en la justicia de su causa; calla nuestras conclusiones, dice á sus lectores que son muy opuestas á las suyas y no hace mas que decirlo, no lo prueba, no lo demuestra. No sabemos si los lectores y amigos del doctor Pinilla creerán sus afirmaciones dogmáticas como artículos de fé; lo que es nosotros y con nosotros el público imparcial, le exigiremos algo mas, seremos un poco irreverentes; pediremos siempre pruebas.

Pero ¿para qué se molesta el doctor Pinilla? ¿No ha visto que, despues de haberle probado la identidad de sus proposiciones y de las nuestras, para manifestarle que no habíamos incurrido en la falta que nos acusaba, ya abandonamos esta cuestión, diciéndole que la seguiríamos tomando sus conclusiones tales cuales las escribió y á fin de que divagáramos menos, que supiésemos mas á punto fijo cuales eran sus opiniones, respondiendole categóricamente á una serie de cuestiones, con las cuales concluimos el artículo? ¿Por qué

ha callado el doctor Pinilla esta circunstancia tan notable y que hace de todo punto ocioso su escrito? Porque sabe, que al buen callar llaman Sancho. Suponiendo que ó no se sabe explicar ó nosotros no sabemos entenderle, quiere emitir de nuevo su opinion y á la verdad confesamos que ahora le entendemos menos que nunca. El doctor Pinilla nos ha recordado lo de don Hermógenes de Moratin, el cual explicando lo que era *protasis*, para mayor claridad lo dijo en griego. Desearemos que en esos artículos tanto tiempo hace prometidos, donde nos ha de aplastar con el robusto mazo de su lógica, sea un poco mas explicito y terminante como conviene á todo hombre que no profese la cabalística.

Por último, concluye nuestro adversario su artículo con aire de triunfo, diciendo que sus conclusiones fueron escritas á tenor de lo que pidió el tribunal, y aqui refiere otra anécdota que es la salsa indispensable de sus escritos y la guardia imperial de sus argumentos, para probar que hizo bien en no tener orden en ellas. A esto no contestaremos ya mas que estas palabras tomadas del artículo á que responde el doctor Pinilla: *ni aun cuando así hubiese propuesto el tribunal las cuestiones, debíamos sujetarnos á su orden, no siendo lógico, en especial tratándose ya, no de contestar al juez, sino de discutir sobre esa cuestion médico legal práctica.*

En vista de lo que precede, no podemos menos de rogar á nuestro apreciable adversario, que abandone ya esa táctica de escribir para rectificar, deshacer equivocaciones, hacer propuestas, formar pactos, y sobre todo, la de referir anécdotas, que á nada científico conducen, que no son *síntomas*, ni *autopsia*, ni *análisis químicos*, y si no puede prescindir de ellas por razon de su idiosincracia ó afición particular, al menos que las refiera con la debida exactitud. Entre de lleno en la cuestion y acabaremos.

PARTE PINTORESCA.

Iritis artrítica simple. La inflamacion del iris se ha confundido por mucho tiempo con las otras flecmasias del ojo, de las que con frecuencia suele ser la causa ó su resultado. Sus causas son todas las que pueden determinar las inflamaciones del ojo en general.

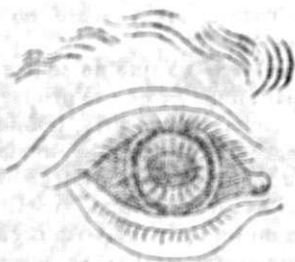
Fig. 1.



Cuando es el resultado de la artritis se la reconoce por los caracteres siguientes: prodromos que consisten en una picazon particular, y como hormigueo en la region orbitaria: esta sensacion va degenerando en un dolor vago, penetrante hasta las sienes y que suele seguir la direccion de las ramificaciones del nervio facial, dolor que se aumenta con la humedad, y se aumenta cuando el tiempo está seco y caliente. Despues se cubre el borde de los párpados de un humor blanco y que se distingue bien del humor sebaceo; sobreviene un derrame de lágrimas irritantes; la esclerótica se pone rojiza al rededor de la cornea, dejando al rededor de esta membrana un círculo estrecho como azulado; este signo característico no se nota siempre en toda la circunferencia de la cornea, si no en una porcion de ella: la conjuntiva se pone varicosa, y el color rojo de la esclerótica suele degenerar en violado gris. En los sujetos muy irritables se manifiesta una inmovilidad del iris, toma un color verdusco, si su color natural era gris ó azul; y rojizo si era color obscuro; la pupila se vuelve angulosa y se estrecha: Los dolores aumentan, y despues de cada paroxismo la pupila se angosta mas y mas; percibiéndose una exudacion linfática que toma el aspecto de un tejido orgánico y acaba por desaparecer la vista.

En los sujetos poco irritables, la iritis artrítica presenta caracteres de una flecmasia crónica, y sus modificaciones ó diferencia de la anterior son las siguientes. La pupila en lugar de estrechar se agranda mas y mas, adquiere la forma oval, semejándose á la de los animales ruminantes en que las fibras radiadas de el iris se contraen mas fuertemente hacia los ángulos del ojo y sobre todo hacia el esterno, segun se ve en la

Fig. 2.



Sin embargo, no se crea que este signo es constante; pero la pupila siempre está dilatada y redondeada con desigualdad. Al mismo tiempo el borde pupilar del iris se ranura hacia el cristalino, de modo que el pequeño círculo de esta membrana desaparece completamente. Los dolores se hacen mas y mas intensos, la inflamacion se propaga á la hialoidea, accidente que se confirma por la opacidad de esta membrana y del humor vítreo, opacidad que es de un color gris-verde y anuncia un glaucoma.

La iritis artrítica sigue una marcha mas ó menos rápida, se halla espuesta á recidivas, y el pronóstico no debe ser muy favorable sobre todo cuando ha llegado á su mayor grado de intensidad.

Estan indicadas las pomadas opiadas, los foliculos, sedales, ó algunos otros revulsivos, y sustraerse del frio y de la humedad.

Fig. 3.



Iritis sífilítica simple. Esta afeccion ataca á los sujetos que tiene sífilis confirmada. La esclerótica ofrece un color rojo pálido, formando alrededor de la cornea un círculo bastante ancho; esta última membrana pierde su brillo, el humor acuoso se enturbia y hay una inmovilidad del iris. La pupila se estrecha y se pone angulosa, retirándose hacia el ángulo interno del ojo; hay tumefaccion del iris, inversion hacia atras de esta membrana, fotofobia y epifora. Despues vienen los dolores osteocópos que empiezan por la nariz, y se estienden

en la direccion de la arcada supraorbitaria, hasta la comisura esterna de los párpados; se manifiestan por la tarde y se hacen mas intensos por la noche: el color del iris se altera, y detras de su abertura se ven unos filamentos de linfa coagulable que van imposibilitando la vision. Si la enfermedad se abandona, se desarrollan condilomas que llenan sobre todo la cámara anterior del ojo, y que pueden empujar la cornea hacia adelante.

Si la enfermedad es reciente, el pronóstico es favorable; pero si la red linfática que se ha formado está ya muy densa, habrá pocas ó ningunas esperanzas de que la vision se restablezca. En este caso se forman las ulceraciones en la cornea y exostoses en la region orbitaria.

Estan indicadas las fricciones mercuriales con opio; y al interior el deutocloruro de mercurio, ó alguna otra preparacion mercurial. Si la sífilis que sostiene la enfermedad es muy inveterada, son muy útiles las pildoras siguientes:

R. Deutocloruro de merc. 4 granos.

Opio puro. 5 id.

Tritúrese con algunas gotas de agua, y luego añádase

Estracto de regaliz. . . 2-dracmas.

Polvero licopodio C. S. para hacer cien pildoras, de las cuales se toman tres por la mañana y tres por la tarde, aumentando gradualmente la dosis.

Cuando la inflamacion se ha disipado se puede emplear el calor seco, y un colirio compuesto de una débil disolucion del sublimado corrosivo y de opio en un liquido mucilaginoso; y mas tarde sirve mucho para completar la reabsorcion una pomada, en la que entre el precipitado rojo.

SECCION NEUTRAL.

Higiene pública.

MANCEBIAS.

Por el doctor Magaz.

La sífilis es una enfermedad antiquísima; acaso no se conoció en Europa hasta fines del siglo XV, en que se supone importada á Barcelona por la escuadra de Cristobal Colon procedente de la América, pero aunque repetimos la opinion del sabio Rodriguez de Isla que fué testigo presencial de los primeros casos en 1434, y aunque tenga

para nosotros alguna significacion la circunstancia de no haberse hablado de ella en los demas paises, hasta que reunidos franceses y españoles en el sitio de Nápoles se la atribuyeron reciprocamente, llamándole unos mal francés y los otros napolitano; la razon natural parece que indica que sus principales síntomas, modificados de un modo ó de otro bien en sus formas bien en su acritud, han debido existir desde que se abusó del coito ó no se efectuó con la limpieza necesaria. Moisés habló ya de flujos impuros. El islamismo prescribia las abluciones como precepto religioso, y los poetas satíricos de la edad media describieron enfermedades contagiosas de carácter sospechoso, siendo bien conocido en España, muchos años antes de la vuelta de Colón, el famoso jaramento de amalas bubas te tuyen con cuyo nombre se conoció la sífilis por los primeros autores que escribieron con sociedad de esta dolencia peligrosa á principios del siglo XVI.

Pero sea ó no importada, cuya cuestion no nos proponemos resolver, no es menos cierto que ha producido siempre los mas espantosos estragos, y que su terrible veneno, como dice el sabio Cabarrus, encubierto entre las rosas de la hermosura y los indicios menos equívocos del reato y de la virtud, ha inficionado generaciones enteras, oculto á veces en la inocente víctima que sin saberlo lo abraza y lo propagó imprimiéndole las vergonzosas señales de una espantosa degradacion. Al fin, si unicamente fuera patrimonio de la prostitucion y libertinaje; si solo sufriese su influencia deletérea esta parte abyecta y despreciable de la sociedad y fuera en ella un mal inevitable; acaso no deberíamos hacer mas que llorar en silencio las desgracias de la humanidad, pero la historia y el buen sentido nos dicen que solo el abandono ha podido perpetuarla, y el que haya ejercido nuestro sagrado ministerio habrá visto tambien que no es siempre el hombre disoluto el que implora nuestro auxilio. ¡Cuántas veces, una madre desgraciada riega en llanto el rostro de su hijo señalado con la huella del vicio antes que haya podido entregarse á él! ¡Cuántas, la tierna esposa ha emponzoñado tambien su corazón y su dicha en el talamo nupcial, y cuantas la cándida virgen vencida en una lucha desigual, sacrifica su reposo en los brazos de un amante, pagando un momento de debilidad con largos dias de enfermedad y de amargura! Recorred nuestros salones: examinad con detencion todas las gerarquias sociales, desde el opulento magnate hasta el hombre de la plebe, tendad despues la vista hacia nuestras poblaciones subalternas, y aunque la dirigais á la cuspide de las montañas, último asilo de la honestidad y de la virtud, en todas partes encontrareis la terrible señal del contagio sífilítico. Consta sin embargo, que si sus estragos son ya generales, si ha invadido todas las

categorías de la sociedad sin que haya servido de escudo la inocencia, su foco es reducido; sus causas estan circunscritas y acaso no hay otro que la prostitucion.

Parecia natural, que ya que no se han escaseado sacrificios para impedir que se propaguen otras enfermedades contagiosas y temibles, solo porque las conocemos mejor, no hubiera hecho tambien alguna tentativa para destruir de raiz la que entre todas es acaso la mas cruel. Nuestros puertos tienen un servicio sanitario regularmente organizado: numerosas tabas se oponen á los buques que arriban de puntos sospechosos para para que sus efectos y tripulaciones no se pongan en contacto con las del pais sin haber sido suficientemente espurgados, y la ciega retina mantiene nuestros lazaretos en su disposicion actual cuando el espíritu mercantil y los alicantos de la ciega hacen indispensable una reforma radical, ya efectuada en la mayor parte de Europa. Y cuando á la peste y fiebre amarilla se oponen estos diques innecesarios, ¿qué se hace para extinguir ese foco que enerva y destruye la parte mas selecta de la poblacion, y que inficionándola en su origen la hace llevar el germen de padecimientos continuos? Absolutamente nada: no nos sorprendemos sin embargo: hay pocas ocasiones en que se rehúen tantas cabezas para impedir una medida conveniente. Hemos dicho que la prostitucion era el origen de los males que se llaman sífilis, y la prostitucion es un mal inextinguible en el estado de nuestra sociedad. No basta prohibir la prostitucion: no tiene fuerza para hacerla desaparecer: seria necesario cambiar el estado de nuestras costumbres: seria necesario que se educaran bien todas las clases: que no hubiera pereza: que no hubiera hambre: que no hubiera necesidades ni pasiones: seria necesario, en fin, que ciertas creencias barbaras no estuvieran en oposicion con las inclinaciones mas legítimas de la naturaleza. ¿Se ha observado la influencia que tiene en ella el celibato? ¿Se ha observado que ciertas clases? El matrimonio, es lo que debia ser para que por él solo pudiera destruir el libertinaje? ¿Es lazo indisoluble con el que se quieren hacer inmutables nuestras fugitivas sensaciones, y la pretension bien intencionada de eternizar un cariño justificado un dia por la ternura, la virtud y fidelidad del objeto que la inspira, pero que la perfidia, la deslealtad, la indiferencia pueden cambiarlo en aborrecimiento ó odio no es mas apropiado para producir en algunos un martirio continuo que para crear el que debia ser el estado mas dulce y apacible de la vida?

Pero no debemos fatigarnos; la prostitucion es en todos tiempos y paises y su existencia anterior garantiza la del porvenir. Roma y Grecia la tributaron un culto: Babilonia exigia de todas sus mugeres que en honor de la diosa Milita se pros-

visitaran al año cuando menos una vez: en Occidente se han cantado idilios en elogio de las Mesalinas que se entregaban sin interés. En oriente todo musulmán acomodado tiene su harem además de las mujeres públicas inscritas en los registros del Cadi; y en nuestros días, si como dice Parent-Duchatelet existe en todas partes apesar de las leyes, apesar de las penas, apesar del desprecio público y de los males espantosos que ocasiona, ¿no es una prueba de que no se le puede impedir y de que es inherente á la sociedad?

Bastaba este convencimiento, para el que ageno de toda prevencion, y sin estar supeditado á la influencias de una moral falsa y mezquina, quisiera poner un freno á la plaga sífilítica, no tuviera la candidez de exigir como circunstancia indispensable la supresion del libertinage. Pero si esto no es posible ¿qué medidas aconseja la ciencia en su estado actual? No haremos una descripción detallada de esa multitud de preservativos, que el miedo hace acoger con avidez, y que en último resultado son de bien escasa utilidad. La importancia del mal hace necesaria una disposición mas enérgica, y nosotros que no podemos ver en el venéreo un freno contra las malas costumbres, que creemos altamente ridiculo considerarlo como un castigo ventajoso; y para quienes, ni es, ni puede ser sino una enfermedad mas peligrosa que las otras, contra la que la sociedad demanda, á grandes gritos, una medida preservativa, creemos indispensable que se aislen los enfermos, por cuantos medios sean posibles, para impedirles que comuniquen el mal, y como el foco, el origen, el incesante laboratorio está en la prostitucion, creemos que esta debe, muy particularmente, examinarse, dirigirse y vigilarse. Creemos ultimamente que las mujeres públicas deben ser reconocidas, y las enfermas, cuidadas en un hospital hasta su completa curacion.

No se nos oculta que hemos abordado una cuestion muy delicada y que la medida que proponemos no será acaso realizable sin el establecimiento de mancebías. Sabemos tambien, que esta palabra habrá herido ya la susceptibilidad de mas de un espíritu timorato, que sin conocimiento de los hombres y sin haberse tomado el trabajo de examinar el corazon humano, están en la persuacion de que una disposición gubernativa cambia nuestras inclinaciones como sino hubiera mil móviles mas poderosos, que nos arrastran casi sin advertirlo al vicio ó á la virtud.... tenemos en cuenta las preocupaciones, la hipocresía, la ignorancia.... pero no importa: es tal nuestro convencimiento; y la idea de que acaso contribuya á producir algun bien á nuestro pais, tan satisfactoria y lisonjera que no vacilamos en arrostrar estos obstáculos, aconsejando las mancebías como medida de importante necesidad. ¿Qué se dice razonable contra ellas? He aquí como resume el doctor Mon-

lau sus opiniones, en los elementos de higiene que acaba de publicar: 1.º son radicalmente inmorales; 2.º aun prescindiendo de la inmoralidad tampoco son convenientes por que no traen las ventajas sanitarias que algunos creen, y 3.º que en España atendida su posicion geográfica, sus costumbres, creencias etc., serian mas inmorales y mas funestas que en ningun otro pais.

Nos cuesta trabajo creer que el señor Monlau cuyo talento, por otra parte, nadie respeta como nosotros, haya considerado como inmoral una disposición que nada reclama mas imperiosamente que la pureza de las costumbres. ¿Hay espectáculo mas repugnante que los desórdenes de que la prostitucion, abandonada como está á sus propios instintos, nos hace diariamente testigos? Hay nada mas asqueroso que la vista de esa multitud de desgraciadas, que pululan en ciertos barrios de nuestra poblacion incitando con sus miradas y ademanes al libertinage y al escándalo? ¿Puede llamarse inmoral el deseo de corregir estos abusos, obligando á toda muger prostituida á ocultar su vergonzoso oficio á las miradas de los que no tengan intencion ó propósito de observarlo? No: Ya que la prostitucion no pueda destruirse, tápese con un denso velo, como quiere el conde de Chassenon, para evitar el contagio de las buenas costumbres: esto no puede ser inmoral. Aléjese de la vista de nuestras esposas y de nuestros hijos como dice Fodéré; esto solo puede ser propio del moralista virtuoso y filatélico. Lo repetimos; el suponer que las mancebías son inmorales, es desconocer el estado de nuestra organizacion social. Ellas no crean la prostitucion, la corrigen: no la fomentan, la toleran: no la ponen en evidencia; la ocultan á las miradas del que no las quiera ver.

Tampoco puede sostenerse que son inútiles en sus resultados sanitarios; el espacio nos falta para enunciar, solo las reflexiones que se oponen á esta idea, y si presentáramos los datos estadísticos recogidos en Francia, Inglaterra y Bélgica podria formarse un volumen; deseamos sin embargo que nuestras conclusiones vayan siempre apoyadas en hechos incontestables, y no podemos prescindir de hacer referencia á uno que no debe sernos sospechoso: hablamos del que Parent-Duchatelet presenta en la pág. 413 de su grandiosa obra; *de la prostitution dans la ville de Paris*. De este, se deduce, que en el espacio de 21 años se han encontrado enfermas y curado 20,000 mugeres públicas, y si se reflexiona en el prodigioso número de psrsonas á quienes podian haber comunicado el principio sífilítico, se confesará con él, que estos resultados, ya se les considere bajo el aspecto sanitario, ya bajo el administrativo, son tan dignos de nuestro reconocimiento como de nuestra admiracion.

Se quiere por último que la posicion geográfica, las costumbres y creencias, las hicieran mas

perjudiciales en nuestro país y tampoco sabemos por qué. La posición de Madrid, Barcelona, Sevilla etc. no puede contradecir el establecimiento de mancebias: nuestras costumbres las han tolerado también. El tribunal de la Fé; la intolerante salvaguardia de nuestra religión las ha consentido a sus puertas, y el rey de dos mundos, en cuyos dilatados dominios lucía siempre el sol; el señor de la grande armada y del monasterio del Escorial, no creyó indigno de sus altas atenciones ordenarlas en las ciudades de Castilla. Nuestras creencias serán hoy mas exigentes que en tiempo de los Torrequemadas? ¿nuestras convicciones religiosas serán mas ridiculas que en la plaza del Vaticano y las inmediaciones de san Pedro? Recórrase la Italia y se encontrarán los mas suntuosos burdeles. Julio II, León X, Sixto IV, y Clemente VII han dado estatutos para las casas públicas según confesion del señor Monlau.

Nada queda pues de esa falange que con el anatema de la inmoralidad pretende derribar la obra de la experiencia y de la filantropía. No retrograda, no, el que haciendo frente a preocupaciones vulgares sigue el impulso de la civilización en todas sus fases y prepara la época en que desaparezca una dolencia del catálogo de las que sufre la especie humana. ¿Qué nuestra autoridad política, cuyo celo y actividad conocemos todos medite seriamente esta cuestion? Nosotros aunque no tenemos la jactancia de creernos infalibles la presajiamos si tiene la gloria de darla cima, tanta satisfaccion como a los demas reconocimiento.

Acaso en otro número entraremos en algunos detalles, para que si se adopta un plan, produzca todas las ventajas sanitarias que deben esperarse.

SOCIEDADES NACIONALES.

Academia de Esculapio.

Comunicacion recibida del Exmo. Sr. ministro de Instruccion Pública.—«Sr. Secretario de gobierno de la Academia de Esculapio.—He visto con agrado la prueba de deferencia que acaba de dispensarme esa Academia, haciendo recaer en mí, como ministro de Instruccion Pública, el cargo de protector de la misma, el cual acepto gustoso; deseando contribuir en cuanto me sea dable a los altos fines que se propone esa corporacion para el adelantamiento y propagacion de las ciencias naturales. —Dios guarde a V. muchos años. Madrid 19 de junio de 1847. —NICODEMES PASTOR DIAZ.» (Es copia).

Lo que de orden de la junta de gobierno se pone en conocimiento de los socios y de todos los facultativos españoles para su satisfaccion.

—El secretario de gobierno. Bonifacio Montejo.

VARIETADES.

Leemos en el *Boletín* y deploramos como nuestro colega un atentado tan atroz como villano.

«Al entrar en prensa nuestro periódico hemos leído en el *Diario mercantil de Valencia* el horrendo atentado que una mano aleva ha cometido en la persona del distinguido doctor don Anastasio Chinchilla.

«En la mañana de hoy 18 como a las seis y media de ella, pasando por junto a la plaza de la Catedral el distinguido doctor en medicina y cirugía don A. Chinchilla, ha recibido una puñalada en la espalda por un hombre que ha echado a correr al momento: hemos oído decir que con el puñal clavado ha ido el herido hasta el hospital militar en san Pio Quinto, estramuros de la ciudad, a donde se le ha hecho la primera curacion. Ignoramos si la herida es de gravedad, pero aunque no lo sea deploramos el suceso, porque los honrosos antecedentes de este benemérito profesor, sus recomendables circunstancias y su pacífico carácter, hacen al parecer imposible tenga enemigos, antes bien se ha hecho justamente acreedor al aprecio de todos, y muy particularmente al de sus comprofesores, con la publicacion de los *Anales de medicina*, obra con razón elogiada por los mismos que dudaron de sus felices resultados.»

Posteriormente hemos sabido que la herida no ha sido de consecuencia, de lo que nos alegramos infinito.

Ha salido en la Gaceta del gobierno el reglamento para la ejecucion del plan de estudios. Su estension no nos permite insertarle, como ya no nos lo ha permitido tampoco con respecto a él, el de Sanidad de la armada.

Recordamos al público las obras que va dando a luz con rapidez y buen criterio el Museo científico, la historia de la farmacia, que con aceptacion publican los señores don Quintin Charlione y con Carlos Mallaina; el *Diario de un médico*, de quien ya dimos noticia en otro número; obra médica literaria donde pueden aprenderse prácticamente muchas lecciones que no se dan en las catedras, ni en los libros didácticos, y el *arte de recetar* que acaba de ver la luz publica en esta corte, dado por don Santos Fernando Ortiz. Siempre son utiles los libros que en pocas páginas reúnan muchos conocimientos de los mas comunes y necesarios.

Esta noche a las siete celebra sesion la Academia de Esculapio para continuar la lectura de las memorias presentadas para los premios.

FOLLETTIN.

BIOGRAFIA DE UN MEDICO.

CAPITULO XXXIII.

Los bastardos.

Antes de referir su mejor hazaña, permítaseme que haga una ligera descripción de mis dos mozos. Había cumplido el mayor 23 años y 24 su hermano. Eran los dos de estatura mas baja que mediana, de constitución atlética y temperamento sanguíneo bilioso. Pelo negro, muy cerrado de barba y muy velludos. Llevaban afeitada la cabeza al estilo del país en todo lo que comprende hacia arriba una línea circular tirada desde el tercio superior del coronal, tercio inferior de los parietales y tercio superior del occipital, ó para decirlo de un modo menos anatómico topográfico todo lo que ocultaba naturalmente su gorro puesto. En cambio caían sobre su pescuezo, y hombros largos, espesas y enastijadas gubejas de un pelo tan negro como tosco. Su cabeza era redonda; mas ancha por detrás que por delante, frente baja, algo aplastada, de piel gruesa, tez morena, bastante tomada del sol, ojos ni chicos ni grandes pero pardos, de mirada fiera, nariz aguileña y regular, boca grande con dos arcadas dentarias completas pero con dientes no muy blancos, mas bien por dentida y por su vicio de fumar, que por otra cosa, con un poco de saliva blanca y espesa en las comisuras de sus labios. No llevaban patilla mas que hasta el nivel de los pómulos ó mejillas y recién afeitados; se veía en sus carrillos, labio superior y barba, ese color azulado que deja la navaja mas fina al llevarse el pelo negro de una barba muy cerrada. Unos cuantos pelos que se dejaban crecer encima de los pómulos daba á su fisonomía un vigor varonil con cierto rasgo de ferocidad brutal. Su cuello corto, sus anchas espaldas se armonizaban perfectamente con lo musculoso de sus brazos y lo formidable de su pantorrillas. Separecian tanto que era fácil equivocar al uno con el otro, tanto mas cuanto que iban los dos vestidos del mismo modo. Nada de particular tenia su traje, era el del país. Gorro encarnado de lana de una vara de largo, sujeto á la cabeza con un pañuelo de hilo rayado de varios colores, y doblados veces encima del vértice para que no estorbaba los movimientos; chaqueta, chaleco y pantalón de pana verde, algo usados ya, con reales de plata por botones. Camisa de tela basta abrochada en el cuello con dos piezas de dos reales. Entre el pecho y la camisa un pañuelo de hilo dejando ver el espeso y negro vello de la región torácica. Una faja de lana morada diez ó doce veces arrollada en la cintura, donde á mas de un pañuelo, pan, queso, cartas y dinero, llevaban una enorme navaja

de muelle de media vara; calzoncillos de tela blanca que asomaban por debajo de los calzones de pana abiertos por los lados, calcetas sin pie sostenidas por debajo de la planta á modo de trabillas; calcetines ó escaupines de lana blanca, alpargatas de cáñamo cuyas cintas negras se cruzaban por sus piernas hasta la pantorrilla. De entre la camisa y el chaleco salía una cadena de plata que sostenía un reliquiario. Completaba este traje una inanta encarnada con rayas negras que les colgaba del hombro y con la cual se cubrían para abrigarse en tiempo frio. El aspecto de esos dos mozos atraía la atención de cuantos los veían, é inspiraban un involuntario temor hasta al mismo que no conocía su historia. Era imposible que aquellas figuras no abusasen de su fuerza y era imposible que su fuerza no se emplease en hostilizar al prójimo. Esta era la primera impresión que hacía su semblante hosco y lo vigoroso de su cuerpo. Hablaban por lo comun muy poco, pero con una energía igual á su constitución y mas pronto clavaban una puñalada que amenazaban, pero jamás á traición, siempre cuerpo á cuerpo y cara á cara. Eran ladrones, al menos pasaban por tales, y si no salían á robar muy á menudo, era por que se hacían pagar una contribución por los propietarios de la comarca, á quienes iban á pedir por turno sesenta ó cien reales, en calidad de reintegro; pero ese reintegro no llegaba jamás. No pagar esta contribución era espuesto. La propiedad sobre todo se resentía. El incendio ó el acha manejadas por manos desconocidas reducía los pajares á cenizas y echaba abajo las vides y los árboles. Tenían pocas pependencias, por que todos los tenían, cobraban el barato en los juegos y se abrogaban cierto derecho en los amores; la moza que les gustaba, tenía que dar calabazas á su novio. Fuera de esto eran los mejores chicos del pueblo. Serviciales, humildes, activos, fieles en los encargos, bastaba poner la fe y la confianza en ellos para tomar su empeño como una cuestión de honor de vida y muerte. Jamás se ostentaba tan terrible su furor, como cuando alguno intentaba hacer el menor daño á las personas que se habían colocado bajo su pabellón.

Esos dos mozos eran bastardos, como habia dicho el médico de Vilavert, circunstancia que en medio de su abyección los tenía muy disgustados. Aunque el pueblo los daba unánime este apodo ya se hubiera guardado cualquiera de decirselo á la cara. Era negocio de una puñalada mortal. Se cegaban de furor. Querían pasar por hijos de una madre de familia distinguida casada secretamente con un padre rico. El que halagaba esa idea era su amigo. He aquí porque el médico los manejaba á su sabor. Su padre cirujano de Vilavert asistió, como me dijo mi colega, al parto de los bastardos y sabia quienes fueron sus padres; pero habiéndole confiado el secreto con la condición de ca-

llarle, se le llevó á la tumba y no habia mas que una persona, como veremos en lo sucesivo, que estuviese en posesion de ese secreto. Para averiguarle los mozos hubieran ido á robar las riquezas de Creso y á entregarlas acto continuo al poseedor y revelador de ese secreto.

Sabedor yo de su flaqueza hice recaer disimuladamente la conversacion sobre este punto para ganarme su voluntad como se la habia ganado mi colega.

—Hace ya rato, les dije, muchachos que vamos hablando y todavia no me habeis dicho como os llamais.

—Tiene V. razon, dijo el mayor, yo me llamo Jaime.

—Y yo Salvador, añadió el hermano.

—Corrientes, ahora nos entenderemos. Siempre es bueno saber como se llaman nuestros compañeros. Y el apellido ó nombre de familia ó de casa como llamais vosotros?

—Cendros, dijo el mayor, no pudiendo impedirle el lanzar una mirada á su hermano que significaba algo.

—El médico añadió, me ha dicho que vuestros padres murieron cuando erais niños y que esto ha sido causa de que hoy no seais de los mas ricos del pais. ¡Que lástima!

—Tiene V. razon doctor, otro gallo nos cantara, dijo el mayor, quien siempre era el primero en hablar, su hermano le respetaba y le cedia en todo la primacia. Pero que hemos de hacer? Dios no ha querido hacernos ricos.

Iba el hermano menor á hablar, cuando el mayor le suspendió la palabra, tendiendo el brazo hacia mi caballeria parándola al mismo tiempo y diciendo

—Me parece que oigo tiros; parémonos todos y escuchamos; vienen de ese lado, y señaló el oriente.

Nos paramos todos en efecto guardando el mas profundo silencio. Poco tardamos en convencernos de la finura de oido de Jaime. Un vienteillo fresco que venia del mar nos traia los ecos de una refriega. Oianse aunque muy poco ó muy hondas descargas regulares y cañonazos y un tiroteo continuo; unas veces mas claros, otras mas oscuros, segun el viento.

—Eso dijo Jaime cae sobre el Pla ó los campos de Valls. Se dará alguna batalla.

—Seguramente, añadió bajando de mi cabalgadura y subiendo con los mozos á la márgen del camino que formaba una altura, donde se oian mas claramente las descargas. Serán las fuerzas de Reding y de Saint-Cir que hace dias se andan buscando, segun me dijo el marqués de Tárrega: Dios quiera que triunfen nuestros soldados. Apresurémonos á ganar al menos la Riva por lo que pudiera suceder. Si acaso los nuestros van en derrota podemos escondernos y huir al monte si es necesario.

A fuer de verdaderos valientes mis dos mozos no tenian nada de fanfarrones; no se asustaron, pero dijeron que convenia apretar el paso, mayormente añadió el menor que miraba muy á menudo el rostro de Rosa, llevando dos mugeres.

Cuanto mas andábamos, mas claros se percibian los tiros. Era una accion muy empeñada y al ver que el tiroteo se acercaba por entre montes, el corazon hacia augurar mal de la batalla. Ya vimos á los vecinos de la Riva alarmados; las alturas de las cercanias estaban llenas de mugeres, niños, algunos viejos y pocos mozos. El camino y los campos estaban desiertos: todo el mundo habia huido al pueblo en cuanto se empezó á percibir el tiroteo.

Hasta al caer la tarde permanecimos en la Riva á donde llegaron algunos soldados y paisanos fugitivos. Saint-Cir habia derrotado á Reding en las alturas de Valls. Decian los fugitivos que habian muerto muchos gefes españoles, que el mismo Reding estaba herido y que al menos habian perdido los españoles dos mil hombres. La consternacion era general. Lloraban las madres, hijos, hermanas y esposas de los que estaban en la batalla, porque cada una consideraba muerto al objeto de sus afectos.

—Que haremos! les dije á mis mozos.

—Partir y cuanto antes, respondió secamente Jaime. Vamos á Reus, antes que allí bajen los franceses y de allí á Tarragona si no queremos caer en sus manos. Va á anochecer, de noche no andarán; nosotros si y nos salvaremos.

En efecto nos pareció acertado el parecer de Jaime y salimos de la Riva hacia Reus. Apenas habiamos dejado á la espalda el pueblo de Picamoxons, donde encontramos una infinidad de fugitivos unos heridos, otros ilesos, pero todos asustados, no solo por la derrota, sino por la facilidad con que los franceses podian llegar hasta dicho pueblo, por un camino de rueda que le comunicaba con Valls y es carretera de Tarragona á Lérida, nos vimos en la precision de ganar el monte. Era ya de noche, la luna iluminaba los campos y nos dejó ver los reflejos de los cascos de un escuadron de dragones franceses que se avanzó en descubierta hasta Picamoxons. Sus espadas aunque desnudas no relucian porque estaban cubiertos de sangre humeante todavia.

La misma causa que nos habia obligado á internarnos en el monte, obligó á lo propio á otros que huian tambien de los franceses. Salvador guiaba á Paula y Rosa, Jaime me conducia á mi llevando de la brida á mi cabalgadura; yo iba á pie.

Cuando menos lo esperábamos, una voz nos dió el quien vive. Aunque era española, nos asustó.